tiones con los bonzos, que á su pesar aceptaban, aunque siempre publicamente quedasen confusos y avergonzados. Muchos fueron los gentiles que introdujo en el rebaño de Jesucristo, de los cuales haremos solamente mencion de dos, para concluir por ahora la vida de este héroe intrepido del Evangelio.

Volviendo un dia el Santo de un viaje á la ciudad de Meaco, se encontró en el camino con dos viejos gentiles, marido y mujer, que regresaban igualmente de una devota peregrinacion á un templo pagano. Ambos venian cubiertos de piés, á cabeza de falsas reliquias, que les vendieran á gran precio los bonzos y cantando segun su usanza plegarias á sus dioses. Aunque eran pobres, y tan abanzados en edad que contaban ochenta años ó muy cerca de ellos, parecian sin embargo, las mas felices y alegres personas de la tierra, de lo que maravillado el Santo Tercero, les preguntó por el motivo de aquel sumo contento que manifestaban. A lo cual sonriendo le respondieron de esta manera: "Por toda nuestra vida nos hemos fatigado para ganar la eterna salvacion; y cuando gracias á los dioses del Japon y la caridad de los bonzos acabamos de conseguirla ¿cómo quereis que no estemos alegres?" Mostraron en seguida un papel con ciertas figuras de ídolos pintados, y añadieron: "Esto á venido del cielo, y á ninguno le conceden los bonzos, sin pagar antes una gran suma de dinero; pero felices aquellos que como nosotros han podido adquirir su posecion; porque debe saber, que cualquiera que muere con esta prenda, por malvado que sea y aunque haya cometido todos los pecados del mundo, directamente se va al cielo, y despues de algun tiempo se convierte su alma en un Kamís en beneficio de los pueblos. Y mirad puntualmente la razon de nuestra gran alegria."

Entonces San Cosme movido á compasion de la ceguedad y miserable estado de aquellos viejos, parándolos enmedio del camino y levantada la mano á lo alto, les respondió de una manera franca y resuelta: Y yo tambien os juro en el nomdre del verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra, que estais en el mayor error, y que apesar de ese papel y las seguridades de los pérfidos bonzos ireís en derechura al infierno." Conmovidos al escuchar nuestros dos gentiles, le preguntaron la razon de aquellas palabras y nuestro Cosme supo tambien demostrarles el engaño en que vi-

vian por la astucia de los bonzos, la falcedad de secta y la verdad de la religion cristiana que aquellos no miserables sino afortunadicimos viejos, iluminados de Dios, se arrojaron á sus piés, rogándole bañados en lágrimas que allí mismo los bautizase. A lo que Cosme contestó: "Primero llegad á Meaco y dirijios al convento de los franciscanos, que instruyendos mejor en la religion de Cristo os bautizarán. Y hecho esto, no volvais mas á vivir con los jentiles; sino permaneced en la casa levantada á beneficio de los pobres, donde por la piedad de esos religiosos y de otros cristianos sereis socorridos en todas vuestras necesidades." Y dándoles en seguida una limosna, se despidio de ellos.

Cumplieron puntualmente los viejos cuanto San Cosme les habia aconsejado. Presentáronse en el hostital del convento franciscano, y admitidos allí y bautizados, pocos dias despues con suma alegria de los religiosos y demas cristianos, murieron con la serenidad de los hijos de la Iglesia católica.

CAPITULO XI.

Nuevos Conventos Franciscanos en Nagasachi y Osaca

HEMOS referido en el capítulo anterior, que el Santo comisario Pedro Bautista, conseguida la licencia del Gobernador Terazaba de poder morar libremente en Nagasachi y levantar allí convento, mandó nuevamente á aquella ciudad al V. P. Gerónimo de Jesu- y á Fr. Juan de Zamora. Volviendo pues, á estos dos intrepidos apóstoles franciscanos, es de saber, que habiendo llegado despues de un largo y penosísimo viaje, al principio de la primavera de 1595, fueron recibidos con tales muestras de alegria de todos aquellos fieles de Jesucristo, que no es fácil esplicar. Bastará decir, que apenas sabida esa licencia, todos en general, pobres y ricos, y especialmente los portugueses, compitieron en ayudar á Gerónimo de Jesus en aquella empresa, no solo con largas limosnas, sino tambien con su trabajo personal. Así es que en poco tiempo á despecho de los bonzos y demas enemigos de los misioneros francisca-

nos, se vio levantar en aquella gran ciudad un pequeño convento de su órden, con casa para hospital, que pronto se llenó de podres y enfermos, y, una reducida aunque hermosa capilla, que de órden de Pedro Bautista fué dedicada al Seráfico Patriarca. En ella, despues de su solemne bendicion, volvieron á renovarse las tareas apostólicas, por tanto tiempo interrumpidas, y fué tal el número de gentiles que por su predicacion abrazaron la fé del Nazareno, que conmovido sumamente un padre de la Compañía de Jesus decia lleno el corazon de gozo en una reunion de sus hermanos: "Verdaderamente tenia Dios reservada esta su afligida iglesia á los pobres hijos del Gran Patriarca de los pobres Francisco de Asis, para que con su laboriosidad apostólica nos fuesen de auxilio para dar bello testimonio de la fe de Cristo en medio de este numeroso pueblo de idólatras.

Entretanto debe saberse, que concluido ya el nuevo convento de San Francisco en Nagasachi, partió de esa ciudad para Manila el V. Fr. Juan Pobre ó de Zamora, á dar cuenta al célebre P. Luis Maldonado de la visita hecha por su comision á sus hermanos del Japon, y especialmente de la capital del imperio. Y como anteriormente ya le habia mandado desde Meaco una relacion por escrito, juzgándola de grande importancia histórica, la presentamos aquí para que nuestros lectores conozcan mejor la vida penitente y apostólica que observavan los pobres hijos de S. Francisco en aquellas bárbaras y remotas regiones; he aquí la carta:

"Por cierto, mi amado padre, he visto tales cosas, y tan maravillosas en estas regiones, que son capaces de ablandar cualquiera corazon por durísimo que sea. Porque se ve á religiosos de grande sabiduría arrodillados delante de los leprosos, lavarlos con sus propias manos, curarles las llagas y besarlas despues amorosamente por amor de Dios, que aun mas que los mismos milagros manifiestan toda su santidad. Hombres de pocas palabras que desempeñan obras estupendas en servicio de Dios y provecho espiritual del prójimo, y lo que es mas, tan amoldados á la vida pobre, humilde y penitente, como fué ordenada de nuestro Seráfico Padre, y á perfecta semejanza de sus primeros compañeros. Y con el fin de imitarlo en todas sus cosas, han dado tambien á su iglesia el título de la de Asis, la que se eleva propia mente en medio de la gran ciudad de Meaco, sobre casi sus dos mil templos paganos, como centro

religioso de todos las reinos del Japon de manera semejante á la de Jerusalen, colocada, segun se refiere en el punto medio de la tierra. Y ciertamente, es cual una centinela avanzada contra las maldades de los bonzos, que en número de mas de veinte mil residen en esta grande capital. Los religiosos tienen repartido su tiempo como sigue: A media noche se levantan siempre á maitines, los que rezan con mas ó menos solemnidad, segun las fiestas ocurrientes, permaneciendo despues por mucho tiempo en la iglesia en largas oraciones y disciplinas. Al rayar la aurora rezan en coro las horas canónicas y en seguida celebran misa: lo restante de la mañana hasta la comida, la emplean en los hospitales á asistir á los enfermos, curar leprosos, á confesar, predicar, bautizar y tambien á aprender la lengua japona; pasado el medio dia rezan á las dos vísperas, y vuelven á los hospitales, ó se ocupan en los referidos oficios hasta las ocho de la noche en que se retiran á descanzar para levantarse á maitines, y volver desde bien temprano á las mismas santas ocupaciones del dia anterior. Todo esto he visto con mis propios ojos; pero mucho mas os referiré á mi vuelta á Manila.—V. H. S.—Fray Juan Pobre.

Y verdaderamente regresó, como hemos dicho, dejando lleno de dolor á su hermano el venerable padre Gerónimo de Jesus. Pero muy presto lo consoló Dios, dándole por compañero á un santo jovencito, ángel de inocencia y pureza, destinado para dar poco despues un sublime espectáculo de fortaleza á los ojos del mundo, muriendo mártir en defensa de la fé de Cristo en la tierna edad de poco mas de trece años. Este fué el jóven Antonio, nacido en Nagasachi, de madre japona, y de padre de China, ambos pobres, pero honestos cristianos; el cual recientemente bautizado y muy bien instruido en los misterios de la religion, de tal manera se enamoró de Jesucristo, que fué considerado como un prodijio de la divina gracia. Tan luego como fué fundado el convento franciscano y levantada la nueva iglesia dentro de su patria, fué de los primeros en frecuentarla con la mayor constancia, deteniéndose en ella por muchas horas, hallando sobre todo sus delicias en orar delante de la bella y devota imágen de la dulce reina de los cielos María, de la que no separaba la vista, juzgándose tan dichoso en hacerle homenaje de los afectos de su tierno corazon, que se deshacia en copioso llanto, cuando se veia obligado á retornar á la casa paterna. Por lo cual le cobró tanto cariño

Fray Cerónimo de Jesus, que se los pidió á sus padres, seguro de que ya bien instruido en el modo de servir al sacerdote en el santo sacrificio de altar, seria en breve muy útil á aquella cristiandad en el oficio de catequista; lo que obtuvo con facilidad, haciéndole el don de su querido hijo gozosos de que en compañía de tan santo religioso llegase á hacerse cada dia mas perfecto en la religion del Nazareno. Y en efecto, el pequeño Antonio, educado en todas las virtudes por Gerónimo de Jesus, floreció en poco tiempo como escojida flor en el jardin de la iglesia católica, apenas tocando el décimo año de su edad. Pero dando punto por ahora á falta de mayores noticias en lo respectivo á la vida de este angelical niño, volvamos á Meaco, para ser testigos de los nuevos trabajos apostólicos de Pedro Bautista.

Mientras que Gerónimo de Jesus, asistido eficazmente por los cristianos de Nagasachi, llevaba á efecto en esa ciudad la obra del convento é iglesia de San Francisco, el santo comisario trabajaba por la fundacion de otro en Osaca, ciudad populosísima, á ocho leguas de Meaco y á noventa de Yedo, á la estremidad de una baya del mismo nombre sobre la costa meridional de Nifon, al Este de la pequeña isla de Avadsi; á la que atravesaba el rio Tedogaba; fundacion muy necesitada de los trabajos apostólicos de los franciscanos, sobre todo por su inmediacion á la no menos populosa ciudad de Sacay, y á pocas leguas de la de Fugimi, que entonces se levantaba rápidamente de órden del emperador Taicosama. Habia tambien en Osaca gran número de cristianos, que no teniendo por ministros sino tres misioneros de la compañía de Jesus, continuamente pedian á Pedro Bautista algunos de sus amados hijos. Con tal fin el santo comisario, de acuerdo con el valeroso cristiano Cosme Yoya que se hallaba provisto de grandes limosnas, especialmente las recientes llegadas del virey de las Filipinas, lo despachó en compañía del venerable Padre Marcelo de Rivadeneyra, el santo lego Gonzalo García y el intrépido tercero Leon Garasuma, los que llegados á esa ciudad fueron recibidos primeramente en la casa de un antiguo y noble cristiano, llamado Agustin, de donde pasaron á la de otro por nombre Juan, á quien el mismo fray Marcelo habia convertido á la fé en Meaco. Y de paso diremos que trasportado de alegria por la hospitalidad dada á los franciscanos, salió por las calles de la ciudad publicando á gritos aquella su buena

fortuna, invitando á pasar á su casa á ver á los recien llegados, y protestando altamente, que habiéndolo Dios consolado en tan gran manera, otra cosa no deseaba ya sino derramar con su familia su propia sangre por la fé de Jesucristo.

Ni fué menor el entusiasmo de los demás fieles, especialmente por San Gonzalo Garcia, muy conocido anteriormente en aquel lugar, donde habia ejercido el comercio. Pero sobre todos, merece especial mencion la nobilísima Sra. Dña. Gracia, reina antes de Tango, que entonces residia en Osaca con su esposo, por su desgracia contrario á la religion de Cristo; la que sabida la llegada de los apóstoles franciscanos, y especialmente contenta por la de Fray Gonzalo, á quien habia escrito con el mismo fin á Manila por medio de algunos cristianos les hizo grandes limosnas. Merced pues á estas y otros auxilios, y animados por el favor de la poblacion, pudieron comprar una casa dentro de Osaca, comisionando al Santo Leon Garazuma para que la redujese á convento; como en efecto ayudado de Cosme Yoya y otros fieles, entre ellos un hermano del virrey, ó gobernador de la ciudad, al momento en nombre de Dios puso manos á la obra.

Mas entre tanto que aquellos intrépidos cristianos trabajaban en obra tan santa, se dirijieron los franciscanos á la inmediata ciudad de Sacay, donde se detuvieron algun tiempo en la casa de un antiguo y excelente cristiano, de nombre Diego, prestando toda clase de auxilios á los fieles que allí habitaban, asistiendo, curando enfermos y socorriendo pobres especialmente en un hospicio levantado á este fin por un noble y fervoroso cristiano llamado Joaquin Ruyza. Y dedicándose al mismo tiempo á predicar el evangelio, protegidos grandemente por Don Benito, gobernador de la ciudad, tambien cristiano y hermano de aquel Agustin, que fué primero en hospedar á los franciscanos en Osaca, fueron innumerables con la gracia de Dios, innumerables las conversiones que lograron de gentiles, abandonando familias enteras el culto de los ídolos para alistarse bajo la bandera de la cruz, entre los cuales se contó una nobilisima bautizada toda por San Gonzalo Garcia. Asi es que en breve tiempo aquella cristiandad, por los apostólicos trabajos de los franciscanos, á los que de vez en cuando venia á auxiliar el Santo Tercero Leon, recobró tal vigor de vida, saliendo de su abatimiento, que hizo concebir á los religiosos las

mas bellas y consoladoras esperanzas para lo futuro A vista de esto el mismo gobernador Don Benito propuso al venerable Marcelo de Rivadeneira fundar en Sacay un convento con iglesia, inducido no solo de la piedad de su corazon, sino mucho mas del gran número de fieles que diariamente se aumentaba por el zelo de aquellos apostólicos barones. Semejante propuesta fué por estos recibida con el mayor placer, por lo cual destinado el lugar que pareció mas á propósito al efecto, y convenido con los principales cristianos, dar principio á la empresa, se iba á poner mano á la obra, cuando la ira de los bonzos, prontos siempre en tramar asechanzas á los menores, impidió aquel tan santo y noble propósito.

Por que los fieros sacerdotes de Budda, no sufriendo que Cristo ganase tantas almas, exitaron contra los franciscanos una terrible persecusion en Osaca, consiguiendo que el gobernador de esta ciudad prohibiese absolutamente á San Leon Garazuma y á su compañero Cosme Yoya, proseguir en la edificacion del convento, que así como la iglesia, estaba proxima á concluirse. Avisado de esto Marcelo de Rivadeneira, al momento ocurrió con su compañero Gonzalo, para buscar modo de conjurar aquella tempestad, aunque dejando mientras en llanto pur su partida á toda la cristiandad de Sacay, especialmente al gobernador Don Benito y al gran limosnero Joaquin Ruyza, que les prometieron defenderlos y asistirlos en cuanto necesitasen.

Llegados pues los dos franciscanos á Osaca, encontraron profundamente afligido al pobre Leon ya con él todos los cristianos por las amenazas del gobernador, y para aumento del mal, contrarios á la fábrica del convento á los principales entre aquellos mismos gentiles que antes habian dado muestras de recibir bien á los religiosos. Sin embargo, estos no se desanimaron: ¿porque qué amenaza ú otra cosa mas puede entibiar el zelo de dilatar la fé en el misionero católico, trasladándose á cualquiera tierra bárbara para ganar almas á Cristo, recibe tanta gracia del cielo para mostrarse fuerte y superior á toda contradicion humana? Y esto que consta claramente en la historia de todos los tiempos, que refiere los combates y victorias de los héroes del cristianismo se vió de la manera mas espléndida en lo que los dos apostóles, Marcelo y Gonzalo obraron en Osaca. Por que no obstante la ira de los bonzos y pérfidas asechanzas de los enemigos del nombre cristiano, vencieron al fin, no solo conseguida la licencia de

gobernador de permanecer en la ciudad y concluir la fábrica del convento, sino para mayor vergüenza de sus ocultos adversarios, ayudados eficazmente en su empresa por aquellos mismos gentiles que fueron al principio sus mas tenaces opositores; los cuales ciertamente no pudieron haber hecho tal cambio, sino movidos de los magnánimos ejemplos de resignaciou, paciencia y caridad religiosa y humanitaria de aquellos pobrecitos misioneros de San Francisco. Asi pues, consiguieron en estas circunstancias, un triunfo, que fué por cierto el mas hermoso de cuantos lograron en el Japon, como diremos adelante.

Entre tanto, S. Pedro Bautista, sabida la persecucion sucitada por los bonzos contra sus amados hijos en Osaca, no habia dejado de volar á su socorro. Y aunque supiese muy bien que el virrey de aquella ciudad era ardiente enemigo del nombre cristiano, con todo, movido por Dios en su interior á intentar su conversion, la consiguió en efecto. Porque el Tono (que así se llaman los gobernadores en el Japon) no solo abrazó la fé de Cristo junto con su muger, fanática antes, adoradora de los ídolos, sino concediendo á todos sus criados ámplio permiso de hecerse cristianos, se declaró uno de los mas insignes bienhechores de los franciscanos. De lo cual es fácil adivinar, cuál seria dentro de poco el triunfo de la fé por los trabajos de aquellos hijos del Serafin de Asis, que por último pudieron gloriarse en el Señor de tener en Osaca un convento de su órden, que por su pequeñéz llamaron de Belem una iglesia que dedicaron al Niño Jesus, y una casa en fin, para recibir pobres y leprosos, de la misma manera que lo practicaban en Meaco y Nagasachi. Despues de lo dicho lleno S. Pedro Bautista de las mas alegres esperanzas partió á lo que parece hácia la mitad del año 1595, para su amado convento de Porcíncula, dejando allí á Marcelo y Gonzalo en compañia del Tercero San Leon.

Fundado ya el convento y perfeccionada la iglesia franciscana dentro de la cuidad de Osaca, no dejó Dios de manifestar lo agradable que le era esa obra de los hijos del gran patriarca de los pobres, con multitud de milagros, á vista de los cuales se convirtieron familias enteras de idólatras, acudiendo á pedir violentamente el Bautismo. Porque en la noche del dia en que por primera vez se celebró misa en su iglesia, estando los religiosos en oracion en el coro, todo el convento fué rodeado de tan

grande y viva luz, que parecia arder toda la ciudad. Tambien se cuenta, que inmediato al convento vivia un gentil, que nunca habia querido hacerse cristiano por mas que trabajaron y rogaron los religiosos. Pero Dios que queria hacer de éste idólatra un apóstol de su fé, permitió que oyese por la noche inumerables voces de ángeles, que en torno de la iglesia del convento franciscano, rodeado todo de brillantísima luz cantaban himnos de alabanza al Señor. Y como fuera de sí por esa maravilla estuviese meditando de donde pudiese venir tan melodioso concierto, se le presentaron dos de aquellos espíritus celestiales, diciéndole: "Ya es tiempo de que cedas á las inspiraciones de Dios: vé á la iglesia de los menores y hazte cristiano sino quieres esperimentar cuán terribles sean los juicios del cielo;" lo que dicho esto desaparecieron. No es dificil decir lo que á vista del estupendo milagro determinó el feliz idólatra; al rayar la aurora del dia siguiente se hallaba ya en la iglesia á los piés de los franciscanos, á quienes refiriendo el proidigioso suceso, pidió con suspiros y lágrimas; con profundo reconocimiento al Dios de los cristianos el sagrado bautismo. Y habiéndolo obtenido al momento, despues volvió desalado á su casa á convertir á la religion del Nazareno á su muger é hijos, y bien instruido, por los religiosos en las verdades de la fé católica, se hizo en lo restante de su vida un fervoroso apóstol del Señor, muriendo con fama de santidad.

Ni terminaron con esa admirable conversion las conquistas de la fé católica en Osaca; mas antes, su ejemplo fué como una centella que levantó grande llama. Porque los franciscanos, iguales siempre así mismos en las obras del apostolado en bien espiririual social de toda clase de gentes, de la misma manera que procedian en Meaco y Nagasachi, se entregaron á predicar la fé católica dentro de su iglesia, á socorrer pobres, á asistir enfermos y curar leprosos, recogieron en breve tan hermosos y abundantes frutos de vida eterna, que faltan palabras para referirlos. Pero dejando otras muchas, hablemos de una sola conversion que se relaciona con esta historia, y nos da motivo á referir en breve la vida de otro Tercero de San Francisco, mártir despues de Jesucristo, el glorioso San Joaquin Saquiye.

Desde los primeros dias de su morada en Osaca, habia convertido Fr. Marcelo de Rivadeneira á la religion de Cristo á la muger de un pobre idólatra, la que luego que fué regenerada á la nueva vida de gracia, indicó al franciscano que tambien su marido estaba pronto á hacerse cristiano, pero que antes deseaba instruirlo bien en las verdades de la nueva religion. Mas pasados algunos dias se presentó otra vez á Fr. Marcelo, rogándole que acudiese pronto á su casa, porque hallándose su marido enfermo de gravedad, y temiendo morir en la idolatría, deseaba ardientemente el bautismo. Oido esto, al momento ocurrió el santo misionero, y se halló que era el enfermo nuestro Joaquin Saquiye. Sin embargo, no pareciéndole bastante dispuesto para recibir el primer sacramento de la religion católica; y por otra parte, que su enfermedad no era mortal, aconsejó á la muger esperar todavia algunos dias, y cuando le pareciese bien dispuesto, ó en mayor peligro, mandara por él, que al momento ocurriria. Pero á poco se agravó el enfermo, por lo que corrió á avisar á Fr. Marcelo, á quien no encontró, habiendo partido dias antes con Fr. Gonzalo en socorro de la cristiandad de Sacay. Entonces aquella fervorosa cristiana, temiendo mucho por la salvacion de su marido, sin esperar la vuelta de los religiosos, llamando á un antíguo cristiano, llamado Pablo, que servia á los mismos en oficio de catequista; le hizo por él administrar el santo bautismo. Vueltos á Osaca los franciscanos, encontraron ya bautizado al neófito y perfectamente restablecido en su salud, tanto, que acompañando á San Leon Garasuma, lo ayudaba á concluir la fábrica del convento y de la Iglesia. Finalmente, enamorado de la vida apostólica de los hijos de San Francisco, pretendió, á ejemplo de Leon, el hábito del Sagrado Tercer-Orden Franciscano, con el fin de consagrarse enteramente al servicio de Dios; lo que habiéndole conseguido el V. Marcelo, prévio el consentimiento de su santa esposa, entró al convento de los Menores, haciéndose compañero de su vida y de todas sus tareas apostólicas. Réstanos decir todavia algo mas de su vida pasada en el monasterio, antes de consumar su martirio.

Nacido en Osaca, de padres pobres, y obligado desde sus mas tiernos años á ganarse el pan con el sudor de su frente, no le fué cosa difícil á Joaquin servir á los religiosos en los oficios mas humildes del convento. Sin embargo, aunque principalmente se ocupase en preparar los alimentos á sus hermanos minoritas, este glorioso mártir de la fé se hizo ilustre en la Iglesia de Dios, por otros muchos virtuosos y heróicos sacrificios. De vez en cuando se dirigia al hospital á visitar á los enfermos, curándolos

caritativamente y de rodillas, con sus propias manos y besándoles tambien sus llagas. Y no contentandose con esto, dejaba por amor de Jesucristo la mitad de su escasa comida, para darla á los pobres de la ciudad, ó á cuantos desdichados se le presentaban. Devotísimo de Jesus en el Sacramento, hallaba sus delicias en acercarse con frecuencia á la mesa del Altar, y rogarle por muchas horas, que dirigiendo una mirada de piedad sobre su querida patria, la hiciese una escogida herencia de su Divino Padre. Verdadero imitador de su gran padre San Francisco, nunca dejó en toda su vida de meditar en la pasion de su amoroso Dios, que por esceso de amor á sus criaturas, quiso morir liberalmente por su eterna salvacion. Y deseando por esto, que todos conociesen el sumo beneficio de la humana redencion, obrada por Dios con la muerte de su bendito Hijo; se esforzaba cuanto era de su parte á buscar á todos los que era posible para instruirlos en tan alto misterio. Se ocupó ademas en el oficio de catequista, predicando la fé del Nazareno aun á los gentiles, algunos de los cuales se convirtieron por sus trabajos apostólicos. En fin, asociado á todos los oficios de la pequeña comunidad franciscana de Osaca, vivió con los religiosos en contínuos ejercicios de piedad y religion, hasta que el Señor, en premio de sus admirables virtudes, le concedió, segun veremos la palma de los mártires.

En tal estado se hallaban las cosas de la cristiandad en Osaca, cuando el Santo Tercero Leon Garazuma, fué llamado de nuevo por Pedro Bautista á Meaco; donde no solo continuó en servir á los enfermos como primer enfermero y auxiliar á los religiosos cual fervoroso catequista, sino que convirtió su misma casa en lugar de oracion y otro asilo de los miserables. Recogiólos allí y manteniendo á sus propias espensas todos los que no podian caber en los hospitales del convento, por estar lleno de pobres y leprosos, se dedicó á instruirlos en las verdades de la religion cristiana y exhortarlos á la paciencia por amor de Jesucristo, en union de su santa esposa, que á ejemplo de Marta, les prestaba toda clase de servicios en sus muchas necesidades corporales. No solamente los pobres y enfermos, sino tambien otros fieles, eran los que se le reunian á tener oracion en la casa de Leon, acompañado siempre de su fidelisimo y constante amigo S. Pablo Suzuqui, todos y los demas terceros, que vivian con los religiosos en el convento de Meaco, entre los que no debemos de olvidar á su inseparable é intrepido compañero Cosme Yoya.

Pero no solamente se ejercitaba en estos piadosos y caritativos oficios, sino que por especial comision de Pedro Bautista se dedicó tambien á enseñar á los demas catequistas el modo de predicar bien la palabra de, Dios. Y cual fuera en esta dificil instruccion el espíritu que los animaba? se conoció una vez en las siguientes palabras con que reprendió á uno de ellos, que hacia alarde de escogidas y pomposas frases: "Cuidado hermano, con envanecerte por tu bello modo de hablar, porque la ley de Dios quiere ser predicada mas con el corazon que con la palabra. Sobre todo, nosotros debemos ser humildes; si verdaderamente deseamos sacar provecho de nuestras predicaciones. Cristo lo ha dicho, avisándonos al mismo tiempo, que obrando de otro modo, solo haremos mal á su religion. Ni faltan ejemplos á que debemos conformarnos en tan noble y santo ejercicio. Somos discípulos de los hijos de San Francisco, y si queremos ser aceptos al Señor, imitémosles no menos en la humildad de la vida, que en la manera en un todo apostólica que observan en predicar el Santo Evangelio"

Urgido de el ardiente deseo de que todos amasen á Dios, empleaba Leon mil ingeniosos medios para aplacarlo con alguna obra piadosa cuando lo juzgaba justamente indignado por los pecados de los hombres. Volviendo una vez de un viage á Meaco, se encontró con algunos idólatras que injuriaban villanamente al venerable fray Marcelo de Rivadeneira. Sintió Leon traspasado su corazon por ese insulto de los hijos de las tinieblas contra un ministro del Dios vivo, reprendió altamente á los atrevidos, y arrojándose en seguida á los piés del franciscano, se los besó muchas veces arrodillado y llorosc. Indecible es cuánto cooperase con semejantes ejemplos y otras tareas apostólicas este glorioso santo en dilatar la fé católica en aquellas tierras bárbaras. En efecto refiere la historia haber sido tan grande el número de gentiles conducidos por él al rebaño de Jesucristo, que es imposible calcularlo.